

Eliana Meléndez: La mujer que fue encontrada por las deidades africanas

Eliana Meléndez es oriunda del municipio de Turbo. Actualmente, es ama de casa, pero se ha dedicado a muchas cosas en la vida. Desde pequeña ha trabajado y a sus 39 ha desempeñado diversas labores, que van desde aseadora de calles hasta diseñadora de marroquinería.

Ella ha viajado a muchos lugares de Colombia, pero a veces la tierra que nos ve nacer llama tanto, que ella siempre tiene una razón para volver. En la actualidad, está dedicada a su hogar y al yorubismo. Es el pilar de su familia y la encargada de aconsejar a su esposo e hijos de manera correcta. Sin embargo, piensa que las decisiones son individuales y cada persona escoge el camino que desea escoger.

Han pasado casi diez años desde que Eliana buscaba por internet una oración que le pareciera bonita, pues siempre se ha considerado una persona espiritual, y se encontró con una que marcaría su vida para siempre: la oración de las siete potencias africanas. Al terminar de leer esas líneas, decidió buscar de dónde provenían y se encontró con la religión yoruba. Nunca sintió que se identificara con dogmas religiosos tradicionales, pero sintió una conexión con la cosmovisión yoruba y encontró en ella una forma de vida. Hoy en día, siente que fue elegida por las deidades africanas. “Dentro de la santería, existe algo muy especial: a todo mundo la religión yoruba no le llega por tradición. Digamos que los santos en la tierra tienen su dominio y se dan el privilegio de llegar a ciertos tipos de personas con la cual tienen simpatía y se les manifiestan por circunstancias diferentes en la vida. Yo fui escogida, porque en el principio, cuando empecé a conocer la religión, no tenía las tradiciones y, sin embargo, ellos se comunicaron conmigo, me hablaron y me enseñaron el conocimiento. Me dejé llevar”, dice.

Pero entrar a esta religión no es nada fácil. A través de los años, tuvo que aprender sobre esta religión tan extensa, se encontró con diversas formas de ritualidad y con santeros provenientes de familiares nigerianos, quienes practican la religión de forma tradicional y que no la consideraron yoruba. Estas personas no conciben que la religión se ha enfrentado a diversos cambios en diferentes lugares por los contextos culturales a los que se enfrentaron los esclavos que antaño fueron despojados de su hogar y tuvieron que transformar sus creencias como forma de resistencia a la imposición de los españoles por inocularles su credo.

Pero sus años de aprendizaje no fueron en vano. El 8 de septiembre de 2017, se inició en la religión, gracias a su padrino, un babalawo iniciado desde los diez años, quien la aconsejó de tomar el siguiente paso. “Mi padrino me dio los preceptos desde el lugar donde se encontraba, pues no estaba en ese momento en Turbo y yo realicé mis pasos y me consagré bajo mi santo que es Elegguá”, recuerda. Ese día ella hizo limpieza a su altar, que está en el segundo de su casa y ofrendó coco, agua de coco y velas. Al llegar a la playa, vestida totalmente de blanco –color que simboliza la pureza– se acercó a la orilla y ofrendó tabaco, cocos, aceite de coco, miel, aguardiente y, finalmente, recitó una oración; se sumergió al mar y en ese momento recibió a su santo. Sintió al sumergirse que dejó a una mujer atrás y renació con los compromisos personales hacia su santo, a cambio de la tranquilidad que recorría su cuerpo al salir del agua.

Filosofía Yoruba.

A esta mujer no le tiemblan las palabras para decir que se siente orgullosa de su religión y para ella, la filosofía de esta es sencillamente no hacerle daño a las personas, respetar al prójimo. “Lo que importa de la religión no es solo seguir la tradición al pie de la letra, sino el corazón de los individuos y lo que busca en la vida”, declara.

La religión se fundamenta en la mística y al permitir el libre albedrío, toma muchos puntos de vista, puesto que no existe el bien o el mal, cada persona escoge su camino. Para Eliana, se trata de una religión que permite mover energías y que estas se muevan por el camino del bien, encaminado al Dios supremo Ifá o al mal. A diferencia de otras religiones que son estrictas en las reglas religiosas, los yorubas tienen la libertad de decidir qué hacer con su fe y lo que conlleva la ritualidad, pero las bases fundamentales son la compasión y el respeto a todo el mundo.

Llega un momento en la conversación donde frunce el ceño y aclara: “muchas veces las personas por desconocimiento tachan la religión yoruba de brujería y eso es producto de la ignorancia, el desconocimiento de muchas cosas hace que todo sea satanizado; si tú no conoces la religión y ves un ritual y no sabes qué significa cada símbolo y sin preguntar dices: ‘Eso es brujería’. El ser humano está compuesto por esencia pura. Es por esto que, incluso, podemos comunicarnos con nuestros ancestros, porque en esta vida, en esencia, el ser humano es energía viva, estamos ligados al cosmos, a la tierra, a todo; estamos ligados a la naturaleza; nadie llega a tu vida si no es la razón de enseñarte algo. Por otro lado, a mí me sorprende

cómo esta religión ha sobrevivido tanto, porque a los esclavos no los dejaban escribir y se fueregando la religión por el mundo a través de la palabra, que es increíble que todavía sobreviva a pesar de intentar erradicarla”.

Eliana se acomoda en el sofá y mientras habla, hace gestos con las manos, frunce el ceño, luego sonríe; de vez en cuando le pregunta a su hijo alguna duda que tiene sobre lo que me está compartiendo. Es una mujer muy amable, pero con el carácter de decir todo lo que piensa sin tapujos. Para ella, vivir la religión ha sido lo mejor que ha sucedido en su vida, pues día a día se siente a la par con sus santos; en las mañanas, al despertarse, lo primero que hace es arrodillarse en su altar, ya que una regla fundamental es ser dueño de su propio altar y tener sus propios santos. A ellos les cuenta todos sus pesares y alegrías. Vive sin preocupaciones, pues ella se siente siempre bendecida y a pesar de alguna necesidad, nunca ha sentido que la han abandonado; para ella, de alguna forma, su santo abre sus caminos. La traducción de la palabra yoruba es trabajo duro y a través de los años. Esta mujer ha demostrado su religiosidad en su día a día.

Doña Eliana no aspira a ser babalawo, se siente bien al ser una iniciada y prefiere no sentir la ambición de adquirir un rango más alto en la religión. De hecho, los santos han hablado con ella sin necesidad de adquirir este rango. Ella puede hacer rituales de limpieza, puede dar un remedio de algún padecimiento. Una persona ajena al altar puede traer ofrendas para pedir algo y ella intercede por medio de la oración y la entrega de las ofrendas. Prefiere, en lo posible, no permitir que ofrenden en su altar: “el bien con mal se paga y no puedo saber si la persona o las personas que se acercan al altar lo hacen con buenas intenciones. Las personas se pueden presentar, hablar, pero mi altar lo manejo yo. Por esa razón, nunca hagas el bien esperando un bien, espera un bien esperando un mal, porque muy pocas personas tienen la

conciencia igual. Por eso es el cielo con el altar, porque mis santos son míos y no se la intención del otro”.

Ritual Yoruba

El vestuario es importante en la religión yoruba, pues los colores representan a las deidades y se necesita un vestuario especial para realizar un ritual. Doña Eliana tiene el vestuario blanco para rituales de suma importancia, que son realizados en la playa y tiene una túnica naranja que utiliza para atender a sus santos los días lunes. Realiza una limpieza, les da ofrendas, en especial, el tabaco, porque el humo del tabaco es importante dentro de la religión: es una fuente espiritual y de comunicación. A través del tabaco se comunica con los ancestros. La forma de comunicación es sencilla: prende el tabaco, se realiza la pregunta y hace la petición y consume el tabaco; dependiendo como se quema da respuesta, es decir, si la respuesta es positiva, el tabaco queda redondo; de lo contrario, se quema una espalda desde el principio hasta el final.

Se levanta del sofá y quedamos de acuerdo con que vuelva al día siguiente para mostrarme cómo se comunica. Cumpló la cita y me recibe con la túnica naranja, lista para iniciar el proceso. Primero, se arrodilla frente a su altar, medita un momento; luego, se levanta y nos sentamos en el balcón de su casa y me explica que debo tener una pregunta para los ancestros. Le hago una pregunta sencilla: ¿Tendré buena salud?

Ella inicia con la oración:

— ¡Oh, siente potencias que estás alrededor de los santos entre los santos!
(...) Oídme Shangó, escúchame Oshum, atiéndeme Yemayá, mírame con
buenos ojos Obatalá, no me desampares Ogún....

Al terminar la oración, dice mi nombre e invoca a sus ancestros, me presenta y nuevamente realiza una oración que tiene escrito en su cuaderno. Se levanta de la banca donde estaba, coge una olla y se sienta en el suelo. Me explica que las cenizas no deben caer al suelo ni deben ser pisadas. Hace la petición: si el tabaco quema redondo, tendré buena salud en el futuro; si se quema en punta, o en una de las espaldas del tabaco, no es buena señal. Procede a encender el tabaco. Pasan cinco, diez, quince minutos; la respuesta es contundente, pero desalentadora. Eliana me dice que los ancestros están en el mundo espiritual y saben lo que nosotros no, pero saber algo tan sencillo me puede permitir estar alerta sobre mi salud.

Bajamos las escaleras y me despido dando las gracias, no solo por la entrevista o dejarme compartir con ella dos días para contarme su experiencia religiosa, sino por compartirme su ritualidad y su forma de vivir. Ahora, ella se cambiará los ropajes y saldrá en su mocho café y blusa amarilla a sentarse al lado de su madre a conversar sobre las cosas simples de la vida o recibir un poco de aire fresco, pues el día es soleado y el calor es sofocante.

Pasos para limpiar un altar yoruba

En una casa de dos pisos, color verde, con un sol ubicado en el balcón, que es raramente perceptible por un árbol de almendros que cubre parte de la casa con sus hojas naranjas y verdes, cuyos ramajes brindan una sombra que hace el intento de calmar el calor recurrente de los días soleados que hacen en el municipio de Turbo, habita la familia Álvarez. Ahí se realiza cada día, como en cualquier casa, los quehaceres que consisten en barrer, trapear, sacudir los muebles, limpiar la mesa, lavar la losa, entre otros. La única diferencia es que los días lunes se realiza una limpieza al lugar más importante de su hogar, antes de iniciar cualquier oficio mencionado anteriormente: al altar sagrado, donde, según los creyentes, habitan siete deidades africanas, que son los encargados de dar protección y paz en el hogar que se consagra en la religiosidad yoruba.

Janier Álvarez es un joven de 21 años, es el penúltimo hijo de una madre santera y un padre inculcado en la religión católica, y ha sido el único de sus

tres hermanos y una hermana, quien ha seguido los preceptos de la religión que practica su madre, ella ha impartido en él los conocimientos necesarios para que pueda convertirse en un iniciado. Él está encargado de realizar la limpieza esta vez para que en la casa no falten las bendiciones los demás días de la semana. Este joven se acercó a la religión de forma profunda a la edad de 14 años y tiene el rango de *aleyo* –persona no iniciada dentro de la religión–; sin embargo, tiene el permiso de su madre para realizar el ritual de limpieza.

El altar se encuentra a simple vista en el segundo piso. Justo al subir las escaleras, nos encontramos con una especie de casa pequeña, conformada por unas baldosas blancas y una estructura de madera de forma pentagonal. Más que el altar, hay objetos que dan señales de una religiosidad diferente. Por ejemplo, en el primer piso, sobre el marco de la puerta principal, hay una pequeña tabla donde está de pie un muñeco de trapo de colores negro, rojo y amarillo, y un coco pintado de blanco con un eleke –una especie de collar de mostacilla roja y negra–, esa representación es el niño Elegguá, un santo yoruba que abre los caminos y permite que las personas que salgan del hogar puedan regresar con bien –dentro del sincretismo católico es representado por el niño de Atocha–; y en la sala, justo frente al sofá, a la vista de cualquier visitante, hay una pintura de una mujer desnuda que da la espalda al cuadro, con su cabello largo, ondulado y del color de la noche, que cae como una cascada. Una guacamaya roja abre sus alas mostrando los diversos colores, alza el vuelo sobre los brazos trigueños que cubren ligeramente el seno

desnudo de la mujer, que se baña en un lago de oro. Su rostro muestra un gesto de dulzura y calma, pero sus ojos profundos que miran hacia fuera del cuadro, muestran sensualidad y altivez; su boca es gruesa y se resalta delicadamente entre sus mejillas, pero no sonríe; si el pintor hubiese decidido dibujar y pintar sus dientes, quizá mostraría una sonrisa coqueta y se formaría una complicidad con la persona que la viese. Ella es la representación de Oshum –Virgen de la Caridad del Cobre dentro del sincretismo católico–, una diosa de gran belleza que representa al amor de la humanidad. El cuadro goza de gran admiración por los visitantes, algunos sin saber lo que significa. Si te atreves a preguntar, Janier, quien es el autor de la obra, dirá con orgullo quién es y hasta te contará una que otra historia de la vida humana de esta diosa.

Ahora, el joven no tiene un pincel donde dibujar líneas que se conectan para formar una persona. En sus manos, sostiene una jarra de agua lluvia y un pañuelo especial para la limpieza que realizará. Cuando llega al último escalón, percibe el olor agrio del tabaco. Al dejar el agua en el suelo, Janier se cambia su ropa por un vestuario blanco; dice que, si alguien ha tenido relaciones sexuales, por ningún motivo debe acercarse al altar, ni realizar un ritual, pues se debe estar puro para presentarse ante los santos; y si el estómago está vacío, es mucho mejor. Si fuese una mujer quien realiza la limpieza, debe estar fuera de su periodo menstrual.

El ropaje blanco resalta la piel canela y los ojos oscuros del joven, quien está a punto de hacer el proceso. Delante de él, se encuentran las fotografías de los santos yorubas: Ogún, Orula, Oshum, Shangó, Elegguá,

Yemayá y Obatalá, cobijados por dos telas, una blanca y otra roja, respectivamente. Janier Álvarez se arrodilla, “*toc, toc, toc*”, suenan de forma seca en el piso – como si tocara una puerta–; luego, se inclina hasta sentir que su frente toca el suelo, en señalde reverencia y respeto –pidiendo permiso para acceder al mundo espiritual–; al realizarlo, retira del altar todos los elementos. El permiso fue obtenido. Es el único que puede hacerlo, pues de ser otra persona, el santo tomaría el acto como una ofensa y daría un castigo a quientome su pertenencia.

A medida que retira los objetos, se van descubriendo rastros de polvo y cenizas de tabaco. Lashormigas son atraídas por la miel y los dulces ofrendados a Oshum y Elegguá, respectivamente. Retira el pequeño plato de porcelana blanca, pegajosa por el dulce derretido; el aleyo retira los dulces y agrega miel, como una nueva ofrenda que entregará terminado el ritual de limpieza. Al acomodar todos los objetos fuera del altar, las manos grandes y ásperas toman el pañuelo ya empapado por agua y escurre el exceso de líquido con la fuerza que le permiten sus manos; pero de forma sutil limpia cada baldosa hasta no quedar hormigas, polvoo cenizas; después, realiza la misma acción con agua bendita para purificar las energías del altar.

Sus hermanos aparecen una que otra vez para pasar de un cuarto al otro, indiferentes al proceso que realiza Janier, pues ellos tienen otros credos. Mientras crecían, su madre les hablaba de las historias de la religión, las

hazañas de los guerreros, las historias de amor entre deidades que se enamoraron en su vida humana, historias que, en su mayoría, tenían una enseñanza sobre la vida; pero nunca fueron obligados a seguir una creencia determinada; cada uno escogió su camino espiritual y es una decisión respetada por cada miembro de la familia.

Janier a pesar de no tener un rango dentro de la religión, tiene claro que su santo de cabecera es la deidad Orula, orisha encargado del destino de los hombres sobre la tierra. Según su madre, todos los seres humanos nacen con un santo y se manifiestan a través de la personalidad del individuo. Además de recibir sus gracias, protección y dones, Janier, en el momento de iniciarse, debe cumplir unos compromisos que adquiere con su protector; él mismo debe escoger su camino y es un secreto para las demás personas. Por ahora, puede realizar ofrendas, limpiezas y participar en rituales que no sean secretos. Aún recuerda su primer ritual, se presentó ante los santos.

Los nervios brotaron a flor de piel y le invadió el miedo de cometer un error, pero cuando el momento llegó, no pudo contener el regocijo que experimentó. “La experiencia es arrasadora, porque sentí como si viajara en el tiempo para ver el momento en el que mi alma y el todo fueron uno; es muy bonito, sentí tantas emociones al mismo tiempo”, dice él. El ritual fue realizado en la playa a las seis de la tarde cuando el sol se apaga en la inmensidad del mar, hogar de la madre Yemayá. Solo sus familiares presenciaron el ritual. Él, vestido de blanco frente al mar, pudo ver a cada santo. Entre cantos y el sonido de un pequeño tambor, las divinidades conocieron a un futuro iyawo y él conoció su

destino.

Este joven desea iniciarse en Cuba, lugar donde la religión es altamente practicada, pero esta no es la única razón. En el pueblo no hay casas de santos y no hay nadie que tenga una piedra de Shangó, elemento importante para ser parte de la religión: es una piedra en forma de rayo implementada en rituales sagrados, sin embargo, esa no es la razón por la que aún no puede iniciarse; es un camino largo y difícil, y, tomar la decisión, requiere de firmeza, pues el iniciado debe tener unas restricciones que un joven, tal vez, no podría cumplir. Entre esas, estar en su casa a las seis en punto de la tarde, durante tres meses; después, deberá llegar antes de la medianoche: no puede ir a fiestas ni beber bebidas alcohólicas, entre otras restricciones.

Mientras Janier decide iniciarse, estudia el amplio mundo yoruba y su madre lo guía por el camino ancestral: “el proceso de aprendizaje es de cincuenta lecturas de la religión y cincuenta vivencias de la vida, con el paso del tiempo, identifiqué mis raíces y enfoqué aspectos de la vida en la religión; se me ha enseñado la grandeza del hombre negro desde su cosmovisión ancestral, la historia, la importancia de la música y cómo, a diferencia de los pueblos del mundo, nuestros ancestros escribieron la historia de África a través de la música”.

La limpieza se da por terminada. Janier toma la jarra de agua, baja al primer piso, se dirige al patio y desecha el agua. Sube, se sienta nuevamente, acomoda cada objeto en su lugar y se dispone a realizar ofrendas de gratitud

a cada deidad: llena una copa con agua de mar y hace ademán de servir vino. “La copa de los reyes nunca debe estar vacía”, dice en voz baja, como si hablara con el santo en cuestión; también llena una vasija con agua de mar para las diosas Oshum y Yemayá –diosas provenientes del río y el mar respectivamente–, lo que las hace hermanas. Yemayá es la diosa de la fertilidad y madre de los orishas al ser la primera en aparecer en la tierra, mientras que su hermana Oshum es la diosa del amor y la unión de las parejas destinadas a caminar sobre la tierra juntas; también le ofrenda rosas artificiales, pero lo ideal es entregar flores naturales como girasoles o margaritas. Seguidamente, tres guerreros de arcilla se colocan en el altar. Son las representaciones de Oggun, Shangó y Elegua. Un guerrero, un rey y el hijo de este rey, que brindan protección al hogar. Sus ofrendas se acomodan alrededor de estas esculturas: hierro y herraduras, para los guerreros; dulces, juguetes y llaves al niño que cuida los caminos y decide el destino de los hombres.

Dentro del altar, hay también una cruz, pero no representa la imagen cristiana de Jesús de Nazaret ni su muerte. Según Janier: “La cruz desde antes de Cristo era un símbolo de poder. La pirámide que tenemos aquí representa el castillo y es un símbolo de jerarquía”. Estas ofrendas son para el orisha supremo Obatalá, creador de la tierra y escultor del ser humano. A él se le ofrenda el tambor –instrumento musical donde es posible la comunicación con los dioses a través de la música y los bailes sagrados– y la cascarilla de Obatalá –mezcla sagrada elaborada con cascaras de huevo y agua bendita,

es realizada entre cantos y rezos secretos—. Finalmente, para tener la gracia y favores de los santos, se realiza una ofrenda de frutas: coco, piña, manzana, maracuyá y uvas. Cada color representa a una deidad y los inciensos impregnan el lugar del olor agradable de la canela, dejando atrás el olor del tabaco y dejandouna sensación liviana en el hogar.

Para Janier, el altar significa la puerta al mundo espiritual, donde existe comunicación con lasenergías del mundo que para ellos son los orishas, “los objetos tienen importancias simbólicas, por ejemplo: el caracol simboliza a la madre de todos nosotros que es Yemayá; eltambor cuenta las historias de nuestros pueblos para hacer sentir bien al orisha a quien le dedicamos la canción; los símbolos de los guerreros son importantes para que nos protejan.

En un altar pueden ir muchas cosas que dependiendo a la casa santoral tienen un significado”.El altar es un lugar sagrado que puede estar en casa, es un sitio de meditación y de petición donde el alma es alimentada por la espiritualidad; sin embargo, no solo se sienten yorubas al ofrendar o realizar un ritual, para ellos su día a día tiene una enseñanza que les brindan sus antepasados. Su espiritualidad se fundamenta en comportamientos cotidianos; aunque todos los seres humanos conozcan o desconozcan la religión viven sus enseñanzas día a día. Según Janier: “Todos vivimos África, no sólo en tradición, sino en comportamientos humanos, porque, de cierto modo, provenimos de esa gran tierra. Mi filosofía es básica: ‘No hacerle daño

a nadie, ser amable con los demás, escuchar, saber hablar cuando es el momento, reconocer mi humanidad, pensar en mi existencia como algo pasajero sin miedo alguno a la muerte”.

Las ofrendas son bien recibidas, quizá en unas horas suenen tambores. El joven nuevamente hace una reverencia y se levanta del suelo, se cambia la ropa especial para acceder al altar y baja a la sala a realizar los oficios correspondientes. Al caer la tarde, indagará más sobre la religión y su filosofía o quizá se inspire en otro orisha para hacer un dibujo tan impresionante como el que cuelga en la sala, mientras que el altar está lleno de colores por las frutas y flores.